

## El destino

El mantel que cubría la mesa era de un color amarillo gastado, probablemente por las sucesivas pasadas por el lavarropas, pero el detalle de los cubremanteles verdes daba un aspecto más cuidado. Creo que conté diez comensales, pero podrían haber sido más o menos con la misma facilidad, es que en el corto tiempo que llevo de vida nunca tuve la oportunidad de dedicarme a las ciencias de la matemática y el cálculo, por más que me hubiera gustado. Se podría decir inclusive que mis conocimientos sobre cualquier tema son más intuitivos que otra cosa.

Puedo jurarles que cuando me llevaron a la mesa mi nerviosismo era tal que podría haberme desmayado. Es más, no recuerdo mucho como pasó, sólo que vinieron a buscarme y al minuto siguiente me encontraba frente a frente con mi comensal.

Imagínense que naturalmente nunca había estado en esa situación. Solíamos conversar al respecto con los demás flanes en el tiempo que pasábamos juntos en la heladera sobre cuál sería el destino de los camaradas que eran retirados por la gente de camisa blanca y nunca regresaban. Las teorías al respecto, como deben estar intuyendo, no eran ni una menos que infinitas.

No vale la pena enumerarlas, pero para ilustrarlos sobre el total desconocimiento de la comunidad de los flanes sobre el destino al que somos sometidos les traeré a la luz las más difundidas.

La más aceptada de todas, erigida sobre el eterno deseo del descanso en el paraíso que existe en la mente de todos los seres del universo, es que los flanes que son retirados de la heladera son llevados a un lugar muy refrigerado y ventilado, donde las bandejas son del plateado más brillante y lustroso jamás visto; otra de las teorías más aceptadas es que somos reprocesados y vueltos a poner en la heladera pero ya sin los recuerdos pasados, como si fuéramos un nuevo flan, distinto al que una vez fuimos. Cómo verán si continúan leyendo mi relato, ninguna de estas suposiciones podría estar más alejada de la cruel y dura realidad que se me presentó el día en que esta triste anécdota toma lugar.

Allí estaba yo, puesto sobre un plato encima de la mesa, esperando expectante que alguien me explique la situación, qué estaba haciendo yo allí, cuál era el significado y el propósito de mi viaje fuera de la heladera, si iba a encontrarme con mis viejos camaradas a quienes no había visto desde hacía ya tantos minutos.

Pero nada de eso pasó.

¿Alguna vez intentaron tomar una cuchara y lentamente hundirla en su pierna por ejemplo? No hablo de empujar suavemente, sino de realmente hundirla, sentir como va rompiéndose la piel y desgarrando los tejidos, y la sangre comienza a correr como consecuencia del daño que el elemento sin filo le produce a su cuerpo.

Me imagino que no.

Pero eso exactamente fue lo que me pasó. La visión de la cuchara acercarse a mí era casi apocalíptica. Mientras se acercaba iba tapando la luz de la lámpara, dejándome en la más densa oscuridad y luego, una firme estocada arrebató un pedazo de mi cuerpo

dejándome sólo con un intenso dolor, y sin manera de repararlo.

Imagínense, además, la tristeza de ver como aquella persona se llevaba un pedazo de mí a la boca y comenzaba a masticarlo, como si el hecho de que yo estuviera allí enfrente sufriendo y desgarrándome del dolor no importara en lo más mínimo.

Juro que en ese momento de desesperación (ojalá nunca les toque vivir algo semejante), uno es capaz de las cosas más insólitas e impensadas. Nada importa con tal de hacer que el dolor y la tristeza cesen. Mi intenso sufrimiento se veía exacerbado por las risas de las personas sentadas en la mesa, que parecían festejar a mi torturador y pedirle que continúe.

Eso fue demasiado para mí. Mis pensamientos se confundían y todo me daba vueltas, nada era seguro, excepto una cosa: tenía que escaparme de ese lugar.

No sé de donde tome fuerzas, ni qué clase de impulso utilicé, pero logré dar un buen salto desde mi plato hasta el piso, ante la mirada atónita de mi comensal. Por dios, juro que parecía que nunca hubieran visto a un flan saltar, me miraban como si fuera alguna clase de anormal. En fin, una vez en el piso, noté que comenzaba a rebotar muy suavemente, con lo cual aproveché el impulso para dirigirme hacia la salida del lugar, esquivando patas de mesas y sillas y de humanos por igual. No fueron pocos los que se lanzaron detrás de mí para capturarme, pero estaban locos si creían que volvería a mi cautiverio y menos a la tortura a la que me habían expuesto.

La puerta de salida estaba muy cerca, con cada salto podía saborear cada vez más el dulce aroma de la libertad. Me inclinaba hacia delante para que cada salto tenga más longitud y escaparme más rápidamente. Y justo en el momento en que estaba tomando el paso final, el salto que me dejaría del otro lado de la puerta y de frente a mi libertad, entonces lo sentí.

Sentí la cuchara nuevamente desgarrándome, y me vi sumido en la peor de las realidades: nunca había saltado. Nunca tuve oportunidad de escapar. El intenso dolor al que estaba siendo sometido hizo imaginarme todo. Y allí, en la desesperación más oscura de todas, comprendí cual era el destino de todos los flanes.